



CAPÍTULO V

Ojeada sobre la marcha del espíritu humano.—Destinos de la inteligencia humana.—El poder sacerdotal.—Monoteísmo primitivo.—Su alteración.—Las Triadas ó recuerdos de la Trinidad.—Tradiciones universales.—Culto de los poderes divinos.—Culto de las inteligencias celestes.—Tradiciones.—Culto de los astros, ó sabeísmo.—Los oráculos.—Culto de la naturaleza, de los árboles, etc.—La idolatría.—Reacción de la verdad.—El politeísmo.—Las doctrinas esotéricas.—El fatalismo y el materialismo.—El sacrificio y la expiación.—La verdad salvada por el pueblo de Dios.

Vamos á asistir al origen y á los progresos de los imperios: las revoluciones que rodean la cuna de todas las grandes naciones, pasaron ante ellos. Hemos seguido á los antepasados de los pueblos en sus lejanas emigraciones. La humanidad se ha mostrado á nuestros ojos con toda la fogosidad de la adolescencia, con todo el poder de la juventud; la hemos visto uniéndose para ejecutar prodigiosas construcciones y para acometer fabulosas empresas. Guardemos silencio un instante en medio del estruendo de las armas, del tumulto de los Estados que se desploman y de los reinos que se funden. Recojámonos un momento; abandonemos los caminos de la tierra, y busquemos en las vías de la inteligencia los pasos que el espíritu del hombre ha podido dar.

También los tiempos están á la mitad de su carrera. Hace ya quince siglos que vino el Diluvio, como una grande expiación, para renovar con el castigo la faz de la tierra, manchada por los crímenes de los hijos de Adam; quince siglos transcurrierán todavía antes de la grande y última reparación del género humano. Pues bien: en este largo espacio de tiempo, el pensamiento ha trabajado como el cuerpo; si las razas han marchado á través de las llanuras y de los campos; si se han cansado removiendo el no dominado suelo; si las muchedumbres han, puniblemente, erigido monumentos de fausto ó de necesidad, ó bien, si arrastrados por un atrevido conquistador, han surcado el mundo, el espíritu no ha quedado en reposo mientras se verificaban todos estos grandes traba-

jos. Su devoradora actividad, estimulada por todas las pasiones, por la ambición, por el interés, principalmente por el orgullo, este indestructible mal de nuestra viciada naturaleza, se ejerció también, y con preferencia trabajó sobre las creencias religiosas legadas por los antepasados.

Las tradiciones primitivas fueron entregadas entonces á extrañas vicisitudes. Desde luego, á la cabeza de la multitud, y lejos de ella, se colocan, en una esfera de poder y de dominación, los ancianos, los sábios, los que habían conservado los primeros conocimientos, que sabían el curso de los astros y las leyes de las estaciones, los que, sobre todo, ofrecían á la divinidad súplicas y sacrificios, y se constituían en mediadores entre la criatura y el Criador.

Grande era su autoridad. Asociado desde luego el poder patriarcal al poder del gobierno y de la justicia, formó un todo con él durante largo tiempo; el rey era el patriarca y el pontífice. Pero esta autoridad se separó bien pronto de él para marchar á la par con él y dominarle.

La ambición se acrecentó, y los vapores del orgullo acabaron por turbar el espíritu de estos hombres, que veían todo á sus piés y parecía que tocaban el cielo. En el enajenamiento de su poder creyeron en sí mismos, y en lugar de guardar con cuidado el tesoro de la verdad primitiva, la disiparon á su capricho y se perdieron en la vanidad de sus doctrinas. Sustituyeron sus opiniones á la antigua tradición; se hicieron los propagadores de sus ideas ó de los

símbolos con que ocultaban la verdad. ¿Qué ha sido, pues, del hombre entregado á la única pendiente de su imaginación? Semejante á un insensato, flota de ilusión en ilusión, se turba, bambolea, y cae, en fin, desde las alturas de la fe hasta lo más profundo del error.

La verdad, en este concepto, corría grandes riesgos por parte de los sacerdotes de las naciones; y por otro lado, la acción de estas castas sacerdotales, que casi por todas partes se presentan con su fuerte y celosa constitución, era terrible. Influyentes por la autoridad de la ciencia, y todavía más por la del sacrificio; intérpretes del cielo, cuyos decretos ponían á su servicio, mantenían á las masas en el respeto y el terror. Las aniquilaron de toda elevación de la inteligencia y del saber, de toda la altura de los poderes celestes. Así por esto, el yugo que extendieron pesaba duramente sobre los espíritus. Su éxito fué completo; y si alguna vez, libres de su sujeción, algún jefe audaz osaba sacudir esta tiranía, los sacerdotes le abandonaban para hacerle desaparecer y arrojarle, según su capricho y su fuerza, á los cielos ó á las gemonías.

Además, en estos primeros tiempos tuvieron poco que temer del poder real. En su principio, según ya lo hemos dicho, el pontífice era el rey; cuando se efectuó la separación, los intereses permanecieron largo tiempo unidos. Los sacerdotes se asociaban á las conquistas y compartían los triunfos; el jefe de guerra era iniciado frecuentemente en sus misterios; los faraones se tomaban ó eran recibidos en el colegio sagrado de la ciudad santa; los reyes de la India, educados por los brahmanes, obraban bajo sus inspiraciones; los príncipes del Iran, de la Caldea, de la China misma, eran los jefes de los sacrificios, y por consiguiente, de la clase de los sacrificadores.

El tiempo de las pruebas no había llegado todavía.

En este período de triunfo para el error, es donde también deben colocarse las primeras, las más culpables aberraciones del espíritu humano, si no los más graves. Después aparecieron reformadores acá y allá entre las naciones, y casi siempre con la ayuda de las nociones re-

veladas y extendidas por el pueblo escogido de Israel, podrán depurar un poco las creencias y hacerles perder su material grosería. Pero ahora el hombre no escucha más que su razón; veamos adónde le conducirá este guía.

Tratemos de seguir los pasos de su decadencia, ensayemos medir los grados de ella. Interroguemos desde luego los monumentos del culto; después penetremos en el secreto de las filosofías y de las doctrinas hieráticas. Así se desarrollarán ante nosotros las fases primitivas de corrupción y de mentira.

Los puros y sencillos preceptos que el Señor Todopoderoso había dado al patriarca Noé y á sus hijos; la religión de este Dios único en su trinidad de personas (1), la inteligencia soberana, único criador y único gobernador del mundo, legislador supremo y juez eterno; la creencia en los grandes hechos del hombre, su creación á imagen de Dios con un alma inteligente, inmortal, libre bajo la acción de la Providencia; el temor de los castigos sin fin ó la esperanza de una felicidad eterna después de la muerte, en la medida de los actos de la vida; la caída de la criatura; y en fin, la venida de un Salvador, de un Redentor; todas estas santas y elevadas nociones que los nuevos habitantes del mundo habían recibido de su venerable jefe, no habían tardado en alterarse en medio de las ocupaciones materiales, en medio de todas las dificultades de una sociedad que se constituye sobre una tierra ingrata, sobre una naturaleza que era necesario domar ante todo, para arrancar de ella el alimento con el sudor de la frente. Por otra parte, del triunfo mismo de estos obstáculos, de la conciencia íntima de su fuerza, nacieron ó se despertaron para el hombre las demencias del orgullo, mal curadas por el recuerdo del castigo, cuyas terribles consecuencias no habían todavía desaparecido de la faz del globo. Como lo dice tan enérgicamente la Biblia: *Este orgullo subió hasta el Señor*; pero el Señor se rió de estas rebeliones: les dispersó

(1) Augusto Nicolás establece con la más segura elevación de pensamientos y de pruebas, la necesidad de esta primera revelación; después la pérdida sucesiva de las tradiciones, y la necesidad de una segunda revelación.



con un soplo sobre la extension de la tierra, y el lugar de su castigo conservó para siempre el nombre de Babel, para eternizar la memoria de esta confusion.

Convertidos en extrañas por su lenguaje, las tribus huyeron lejos de este primitivo centro de su reunion. Cada una llevó con ella los preciosos mandamientos del Señor, alterados ya por la voz de las pasiones; pero viviendo sin embargo en el recuerdo de los padres y de los hijos. Una vez en marcha, dejaron caer sobre las arenas ó las áridas rocas muchos granos de esta divina semilla, y por otro lado, la memoria de los errores de los antiguos dias, de los dias antediluvianos, no se habia borrado completamente. El espíritu humano se deslizaba sobre la pendiente del error.*

Poco á poco el monoteísmo primitivo, guardado con cuidado por las familias patriarcales, y viviendo todavía en las sociedades originales, tendió á oscurecerse.

Que los antepasados de la raza humana, que los jefes de los primeros imperios, que los conductores de las primeras emigraciones hayan adorado á un solo Dios y se hayan acordado del misterio de la Santísima Trinidad, es un hecho del cual no podrá dudar la Historia (1).

Hemos dado ya pruebas irrecusables acerca de la universalidad y de la antigüedad del pri-

(1) Séanos permitido remitir á nuestros lectores á una discusión del más alto interés, habida en el instituto de Francia, en el seno de la Academia de las Inscripciones y de Bellas Artes, sobre esta grave cuestion. M. Renan, cuya triste celebridad comenzaba entonces á manifestarse, no habia temido en afirmar que el monoteísmo era una creencia particular de la raza semítica, y de la cual apenas se encontraban huellas en las demás razas. Este error sublevó los ánimos de la docta sociedad. Estó fué motivo para que muchos ilustres sábios refutaran la opinion de M. Renan. M. Villemain, con la autoridad de su palabra y de su erudicion, resumió las respuestas en estos términos: «La noción fundamental del Dios único ha sido reconocida y puesta en práctica en los más antiguos tiempos. Tales son, al ménos, los grandes principios que guiaron y esclarecieron á Newton, Bossuet y Leibnitz.» *Anales de filosofía cristiana*, Febrero, 1857. Véase tambien una excelente Memoria sobre el monoteísmo primitivo, por M. Schæbel, *Anales de filosofía cristiana*, t. XLI.

mero de estos dogmas (1). Nos limitaremos á añadir algunos recuerdos del segundo.

Si interrogamos á las naciones antiguas, veremos por todas partes, en la cúspide de todas las teogonías, una *trinidad*. ¿Quién, pues, ha podido extender sobre el globo esta idea sagrada del número tres? ¿Cómo se ha podido hacer que este gran pensamiento ocupe la parte principal y superior de todas las narraciones teológicas? Es fácil (2) llegar, por ejemplo, á la causa que ha producido el sistema de los dos principios: es esta mezcla continua del bien y del mal, que se manifiesta en todas las cosas de la tierra. Pero ¿por qué motivo, para la distribucion de las obras y de los beneficios de la Providencia, se habrán supuesto por todas partes *tres* agentes, más bien que cuatro ó diez, ú otro número cualquiera?

Pues bien: esta trinidad se halla extendida por todas partes. Recordemos la trinidad caldaica *Am, Belo y Hoa*, que no es en sí misma más que el primer anillo de una serie de trinidades, que descienden á tres grados. Recordemos el triple altar de los arya's, y esa majestad una y triple que se manifestaba en el nombre, á la vez singular y plural, de la divinidad. ¿Los iranos de la Persia no tienen la trinidad de *Zeroan, Ormuzd y Ahriman*, como los indios tienen la trimurti brahmánica, de *Brahma, Vishnu y Siva*?

Añadamos este texto singular que la Caldea, la más antigua de las naciones, habia conservado religiosamente, de un tal *Zor-Isther* (contemplador de los astros), que quizá es un hijo de Cush ó el primer Zoroastro, y que, en todo caso, es un personaje muy antiguo: «Por todas partes se encuentra el *Monas* (la unidad) paternal ó primitivo. Este *Monas* se multiplica y engendra dos personajes. La *Trinidad* bri-

(1) «El estudio del antiguo mundo, dice M. Gerbet, conduce por todas partes á esta verdad, que no ha existido nunca sobre la tierra más que una sola religion, cuyos cultos locales fueron primitivamente innovaciones más ó ménos puras.» (*Dogma general de la piedad católica*, c. II.)

(2) Como juiciosamente lo hace notar el sabio Th. Maurice en su obra sobre «la religion de los antiguos,» citada por M. de Marlés en su *Historia de la India*.



lla por todo el Universo: *Monas* es el jefe de ella. Fué concebido en el espíritu del padre que todas las cosas serian divididas en tres, y todas las cosas fueron divididas. La Trinidad se compone de la Virtud, de la Sabiduría y de la Verdad, que conocia todo (1).

En Egipto todo es trinidad. Desde la gran trinidad celeste *Ammon, Mouth y Khons*, hasta su manifestacion terrestre *Osiris, Isis y Horus*, todo se consumará en el número tres, número sagrado que, en *Trismegisto*, expresa la cima de la perfeccion soberana y se inscribe sobre la puerta de todos los templos, en la mística asamblea del globo, de la serpiente y de las alas: el globo que indica á Dios, cuyo centro está en todas partes y no puede medirse la circunferencia; la serpiente que figura la eternidad y la sabiduría; las alas que representan el aire ó el espíritu, ó como dice el obelisco del gran Circo en Roma, el *Gran Dios*, el *Engendrado de Dios*, el *Todo Brillante*.

¿No tenia la Fenicia su trinidad sidonea de *Baal, Astartés y Melkarth*; su trinidad fenicia de *El, Baaltis y Esmun*? ¿No adoraba la Siria á la de *El, Moloc y Adonai*?

¿No se descomponia el culto del fuego mismo en la trinidad de la Luz (*phos*), del Fuego (*pur*) y de la Llama (*phlox*)?

Notemos tambien, en la cosmogonia de los límites de la Palestina, el Espíritu (*pneuma*), el Deseo (*pothos*) y la Vida (*maot*).

Los celtas y los galos, como los iberos, han conservado tambien un recuerdo de la Trinidad, más vago que los pueblos de Oriente, persistente, sin embargo, y que se acentuará entre los pelasgos, venerando los tres Cabires, *Axieros, Axio-Kersos y Axio-Kersa*.

La Grecia, indolente y ligera, enseñará que habia allí «tres principios: *Phanes, Ouranos y Cronos* (2),» la luz, el consejo y la vida; y sin saber bien el motivo, conservará siempre una marcada predileccion por el número tres, como son: la *triple Hecates*, las *tres Parcas*, las

(1) De Marlés, *Historia de la India*, t. II, reproduce un pasaje de la *Religion de los antiguos*, de Th. Maurice.

(2) Orfeo celebra á estos tres principes.

tres Gracias, los *tres Cabires, Anakez*, los «tres grandes poderes (1).»

La China, á pesar del esfuerzo de sus moralistas racionalistas, inscribió en sus libros que el *Tao* (la razón suprema) produjo á uno, uno produjo á dos, dos produjo á tres, y este número ha hecho todo en el Universo (2).»

Hasta los pueblos bárbaros del Norte hacian mencion de *Odin, Vila y Ve*; de *Odin, Freya y Thor* (3); de *Thor, Odin y Saznote*, tres poderes hermanos, ó bien la creacion, la fecundidad, el terrible dios de la destruccion. Al mismo tiempo que los Peruvios, estos desconocidos del antiguo mundo doblaban su rodilla ante el idolo *Tanga-Tang*, tres personajes en uno solo, en el templo de Cuquisaco, y esto les maravillaba mucho (4).

En el fondo de las Carolinas se volverá á encontrar la trinidad de *Aleoulap, Langueleug y Olisat*; entre los insulares de Taiti, la de *Tane, Oro y Taroa*, el padre, el hijo y el espíritu, ó el ave. Lo mismo sucederia en el otro extremo del globo, entre los samoyedos, que veneran á *Num, Nom y Nap*.

El dios de los wendas, en la Pomerania de Europa, se llamaba *Tiglan*, y estaba representado en su famoso templo de Estettin por una estatua tricéfala (5), absolutamente lo mismo que la Bochica de los muyscas (6) de América.

En California, entre los cochimias, el que es viviente tiene, sin union conyugal, un hijo, cuyo nombre es la perfeccion de la tierra, y un segundo hijo que se llama «el que hace los dioses.»

En el Tibet, *Concioa*, el dios supremo, es á la vez *om*, el poder; *ha*, la palabra; *hom*, el amor.

En Etruria cada templo contenia tres santuarios; lo mismo en Roma, en el Capitolio, donde se sentaba *Jupiter* con *Minerva* á su derecha, y *Juno* á su izquierda.

(1) Así los llama Ciceron.

(2) Memoria sobre Lao-Tseu, por Abel de Remusat, *Memoria de la Academia de las Inscripciones*, tomo VII.

(3) *Edda* de los islandeses.

(4) Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, lib. V.

(5) Hanusch, *Mito eslavo*.

(6) De Rougemont, *El pueblo primitivo*.



En Holanda, cerca de Drogheda, en la caverna de New-Grange, estaban erigidos tres altares á *Lui*, el dios innominado, cuyo emblema era tres espirales, y en honor del cual se pronunciaba el trigramo monosilábico *Oiw*.

Los lapones conocían á *Tiermes*, el Tonante, el anciano; *Sieté*, el espíritu, y *Baive*, el sol (1).

Entre los filandeses, *Uhko*, el anciano, el dios supremo, se asocia á *Vainamoinen*, el dios supremo de las armonías universales, el salvador, y á *Ilmarinen*, que ha forjado el cielo y el sol.

Todos los pueblos de la raza eslava tienen una trinidad: *Peroun*, *Radegasto* y *Siva*, es para los obotritas; *Peroun*, *Radegasto* y *Wislav*, ó *Svantovit*, para los moravos; *Radegasto*, *Svantovit* y *Czernobog*, para los servios. Se ve también entre los porusas, ó borusos: *Perkun*, *Potrimbros* y *Pikollos*, el dios criador, el dios de la humanidad, el dios terrible (2): estos hechos bastan.

Y cuando después se unen los nombres notables de estas trinidades, que se oye pronunciar al indio con un temor mezclado de terror, *aum*; al tibetano repetir *om, a, hom*, como este *on* que el egipcio temblaba repetir, y este *oiv* que murmura el islandés primitivo; se ve obligado á concluir que el acaso solamente no ha podido hacer nacer tan extrañas coincidencias.

Si, por otra parte, se quiere pedir á estas antiguas naciones la razón de semejante fenómeno; si se les pregunta á unas en pos de otras, en el orden de los tiempos y de los lugares, no darán ninguna explicación del misterio, ó le comentarán por medio de más misteriosas invenciones. Necesario es entonces recurrir á la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y de la cual se hace tan extraño olvido; preciso es reconocer que este dogma de las tres hipostasis en la naturaleza divina, transmitido por los primeros hombres á sus descendientes y á los patriarcas, pero mal comprendido, ó sensiblemente alterado por el trascurso

(1) Morre, t. I, citado por Rougemont, op. cit.

(2) Hanusch, *Mito eslavo*. Hemos tomado muchas de estas citas de la curiosa obra de M. de Rougemont, *El pueblo primitivo*.

del tiempo, ha servido de fundamento á todos los sistemas de teología y á todas las teogonías del antiguo mundo (1).

El Génesis se abre por la declaración de este misterio: «Los dioses crió...» Dios dijo: «Hagamos al hombre á nuestra imagen...» Enérgica y admirable precisión de lenguaje, que con una palabra indica lo más incomprensible de los secretos de la humanidad.

«Todo error, ha dicho Bossuet, procede de una verdad, de la cual se abusa.» Los errores que vamos á señalar en la humanidad, van á ser el triste abuso de estas grandes verdades, así como de todas las que la revelación primitiva había confiado á la infiel memoria de los dispersos hijos de Noé.

Verosímilmente, la primera desviación fué el culto de potencias, ó de los atributos de Dios. En el origen, estos atributos, tales como la santidad, la eternidad, la potencia creadora, la infinitud, la providencia, la inteligencia, la vida, la inmutabilidad, adorándose á todas ellas aisladamente, no eran distinguidas de la adoración debida al Sér Supremo. Un poco más tarde, estas potencias, estos atributos divinos fueron divididos, y vinieron á ser objeto de un culto especial; de aquí á constituir las en estado de divinidades particulares, no había más que un paso, y fué desgraciadamente salvado con mucha rapidez. Era esta una caída desoladora, y de la cual el género humano no debía ser levantado sino por el Dios Salvador.

Al mismo tiempo, el hombre no había perdido de vista el recuerdo de las inteligencias superiores á él, cuyos combates habían precedido á su venida al mundo, de las cuales unas eran moradas fieles, y ejercían á su vista un ministerio de protección y de benevolencia; otras, caídas por su falta, no eran más que tentadores, calumniadores, seductores (2). No hay, acerca de ellas, más que un solo testimonio entre los pueblos. Bástenos repetir aquí los nombres de los *asuras* de la India, de los *amschaspandas*,

(1) Th. Maurice, *De la religión de los antiguos*.

(2) Hemos dado en el tomo I las pruebas de la creencia universal en los ángeles, buenos y malos. Se puede consultar sobre esta materia al doctor Luquen, *Tradiciones de la humanidad*, t. II.



de los *izedas* y de los *feroñeres* de la Persia, de los *deiotas* del brahmanismo, de los *ases* de la Escandinavia, de los *elfes* del Norte, de los *demonos* de la Grecia (1), de los *genios* de la Etruria (2), de los *espíritus de la presencia* de Egipto, de los *coros de espíritus* de la China (3), de los *genios* tutelares del Perú y de Méjico. Esta creencia, profundamente impresa en el corazón de los pueblos, degeneró rápidamente. Estas inteligencias, ministros del Altísimo, estos demonos perseguidores de los hombres, vinieron á ser dioses.

Los celestes espíritus que presiden á los coros de los astros, ó que mantienen las armoniosas leyes de la creación, recibieron honores que no son debidos más que al autor de todas las cosas. Los malos ángeles, á quienes se ha dejado el dominio de este mundo, se apoderaron de ellos con la ayuda del desenvolvimiento de todas las pasiones, y se abrogaron el prostituido incienso de las almas subyugadas por su funesto poder. Las evocaciones, los misterios, la magia, tan antiguas como la depravación humana, fueron una de las causas más activas de la pérdida de la verdad y de los triunfos de la mentira.

La naturaleza, en fin, con sus fuerzas de fecundidad y de destrucción, el cielo con sus terribles prodigios y con sus dulces maravillas, contribuyeron á corromper el sentimiento religioso. El hombre sentía en su corazón la ne-

(1) Hesiodo, *Los trabajos y los días* (250 y sig.), habla de «esos tres mil inmortales que por orden de Júpiter, cubiertos de nubes que les ocultan de la vista de los hombres, recorren la tierra, velan sobre las acciones, y distinguen al justo del injusto.» *Zaleucus* y *Charondas* en sus leyes, se ocupan de los malos genios. (Véase á Creutzer, *Symboliq.*, t. III.)

(2) La doctrina de los genios formaba una de las partes capitales de la religión de Etruscos. (Doctor Luken, op. cit.)

(3) Los buenos genios rodean el trono de Chang-Ti. Hé aquí lo que se lee en el *Tchung-Yung*, obra de un letrado de la escuela de Kung-Fu-Tseu: «¡Oh innumerables coros de espíritus! vosotros rodeáis constantemente el trono eterno de Chang-Ti, y vuestra benevolencia hace descender sobre la tierra la poderosa protección de que nos rodeáis.» Du Halde, *Memoria concerniente á los chinos*. El *Y-King* refiere así la caída del dragón: «El orgullo cegó al dragón: se levantó contra el cielo, y fué precipitado en las entrañas de la tierra.» *Y-King de Kung-Fu-Tseu*.

cesidad de un poder mediador que se interpusiese entre su naturaleza degradada y la naturaleza divina. Se acordaba que algunas veces el Sér soberano y creador se había dignado revelarse á su criatura; que frecuentemente también había enviado sus ángeles como mensajeros de justicia y de misericordia; de este recuerdo de las inteligencias intermediarias, de esta necesidad de un mediador, nació la opinión de que los astros que ruedan en el más alto de los cielos, mundos de claridad y de gloria, debían servir sin duda de habitación y morada á los espíritus encargados de gobernar las cosas de aquí abajo. El pastor en el silencio de la noche dirige sus súplicas á los jefes del ejército celeste, mientras que el sacerdote astrónomo, colocado en las alturas, le pide el secreto de las estaciones y de los fenómenos de la naturaleza, la división del tiempo y del espacio.

El monoteísmo se eclipsó para dar lugar inmediatamente al culto de las potestades de Dios, después al de las inteligencias celestes, finalmente al culto de los astros ó «sabeísmo.»

Esta veneración á los astros, el más alto grado del error, se encuentra en todos los pueblos primitivos del mundo antiguo. Se adoró á las inteligencias celestes que gobernaban los globos del firmamento; ahora se va á adorar su morada. Estas son las «habitaciones,» las «casas de los astros» que se identificarán con sus gobernadores, ángeles ó genios, y recibirán los homenajes y las oraciones. En Caldea se da culto al sol, al *Belo* de los cielos, á la luna y á los planetas.

La India representa las casas del cielo, cada una con su forma diferente, su color especial y sus influencias buenas ó malas. El Egipto enumera sus «dioses celestes» y señala con cuidado en el frontis de sus templos sus satélites y sus matrimonios. No hay hasta la Georgia y la Armenia quienes no hagan mención de estos honores tributados á los astros por los descendientes degenerados de los patriarcas. La China racionalista no ha podido llegar á ser por este medio atea, porque ha olvidado los antiguos dogmas, y los Koua dal famoso Fo-Hi no son, al decir de Kong, Fou-Tseu, más que